

allí donde su testimonio se realiza como constatación reflejo del intelectual fantasma que sólo puede dudar de su propia duda, angustiosamente dudosa en la duda, de su función.—JUAN PEDRO QUIÑONERO (*Desengaño*, 11. MADRID).

G. MOUNIN: *Claves para la lingüística*. Edit. Anagrama, Barcelona, 1969.

1. Conclusiones de varios años de búsqueda como profesor de lingüística en la Facultad de Letras de Aix-en-Provence, el interés pedagógico—la obra se satura de llamadas directas al lector—, y un cierto dogmatismo estructuralista, parecen ser las motivaciones explícitas e implícitas de este trabajo cuya aparición no deja de ser oportuna si se piensa que la lingüística está siendo sentida como una especie de ciencia piloto o, por lo menos, como la que ha configurado supuestos de trabajo y una manera de delimitación de su objeto que la sitúan, simultáneamente, en independencia de las restantes ciencias sociales y en la posibilidad de proporcionar pautas teóricas que puedan utilizarse en otros marcos de referencia.

En una síntesis apurada podríamos establecer una articulación en dos partes a manera de índice de la metodología con que se han concebido estas claves. «Un largo preámbulo» tiende a situar y delimitar la lingüística tanto históricamente como en el contexto de todos los medios y sistemas de comunicación y a definirla según su rasgo específico; desde allí se señalarán las relaciones entre lengua y realidad no lingüística. La segunda parte desarrolla la noción de estructura y los alcances de los cuatro posibles niveles de estudio de las lenguas: fonología, sintaxis, semántica y estilística.

El hecho de que el autor esté manifiestamente inscripto en la escuela lingüística europea que centra A. Martinet, obvia decirlo, determina que sus apreciaciones teóricas guarden un respeto estricto por el estructuralismo funcional y que las consideraciones críticas y bibliográficas no den acogida a otras tendencias fundamentales de la lingüística actual. Por ello, y aunque Mounin no se ha preocupado por los fundamentos epistemológicos, vale decir que lo que aquí encontramos es un planteamiento de la lingüística como ciencia puramente descriptiva (taxonómica, instrumentalista, dirán los chomskianos) despreocupada de la explicación causal de su objeto y del carácter dinámico y eminentemente creativo del mismo.

2. Desde estas salvedades procuraremos reseñar algunos de los sub-

temas que Mounin propone como claves, indicando en qué medida ellos nos parecen ampliables si se tienen en cuenta las necesidades más inmediatas de la ciencia del lenguaje.

Más allá de cualquier restricción que podamos hacer a posteriori, el solo capítulo de introducción, propedéutico, sí, pero consciente y bien documentado, justificaría una publicación de esta índole. Faltaba decir, era necesario hacerlo, cómo se debe y no se debe empezar un estudio serio de la lingüística. El temor por las figuras míticas de la cultura filosófica del siglo xx tal vez nos haya impedido asumir antes que Merleau-Ponty, H. Lèfevre, R. Barthes o Levi-Strauss, decisivos y muy eficaces en sus temas específicos—qué duda cabe—en tanto manejan conceptos de la lingüística exhiben una asimilación tardía y precipitada de los mismos; de manera que no parece acertado el suponer que pueda iniciarse un aprendizaje de lo lingüístico a través de sus obras, puesto que en ellas las nociones propias aparecen confusas, contradictorias y, a veces, totalmente ininteligibles. Faltaba repetir también, Mounin lo hace inobjetablemente, cuáles de los lingüistas clásicos pueden ser el mejor camino introductorio, y/o la necesidad de un acceso metódico y progresivo que esté coherentemente situado dentro de una escuela única—las escisiones son inevitables pero deben ser posteriores.

2.1 Es frecuente que allí donde divulgación se sienta como síntesis, como apretujamiento de enumeraciones memoriosas y juicios concentrados, salte la tentación de hacer una réplica paralela con todo lo que falte o parezca faltar. Mounin ha dado antes un excelente trabajo sobre la evolución histórica de la lingüística (1), Malmberg lo hizo ya con respecto a los últimos cincuenta años (2), quizá bastaba con referir a ellos para evitar las carencias actuales. El hecho es que «finalmente no sólo están Saussure y Trubetzkoy», obviar la caracterización y ubicación filosófico-comparativa de escuelas (después se las alude pero quedan muy descontextuadas) como la geografía lingüística, el neohumboltismo, el estructuralismo norteamericano y la gramática generativo-transformacional, deja bastantes fisuras que, si bien simplificadoras, no permiten ver el panorama cambiante y de rectificaciones sucesivas que ha venido teniendo la lingüística del siglo xx.

2.2 Los capítulos «situativos» establecen con claridad nociones que son básicas para evitar el confusionismo de llamar «lenguaje» o «signo» a todo aquello que, intuitivamente, suene a querer decir algo por medio de reglas aparentemente estables. En la línea iniciada por E. Buys-

(1) G. MOUNIN: *Histoire de la linguistique des origines aux XX^e siècle* (PUF), 1967, Madrid, Gredos, 1968.

(2) B. MALMBERG: *Nouvelles tendances de la linguistique* (PUF), 1966, Siglo XXI, México, 1967.

scns (3) y L. J. Prieto (4), Mounin distingue los *medios de comunicación a-sistemáticos* de aquellos *sistemas de comunicación*, y, dentro de los últimos los *directos* de los *sustitutivos*. No se definen las complementarias relativas a tipos de signo o a diferencias entre señal, signo, símbolo e índice.

Por caracterizar lo específico de los lenguajes plantea una especie de anti-esquema saussureano y llega a la definición buscada vía de la connotación negativa: el lenguaje humano no es el único *sistema*, ni el solo que implica intención comunicativa; el signo arbitrario se da también en los códigos de circulación; en las artes gráficas, en los trabajos cartográficos; la linealidad tampoco es privativa del lenguaje, y sus unidades son tan *discretas* como las del código de circulación; ¿qué queda pues? Lo únicamente específico parece residir en lo que se denomina *la doble articulación* de los lenguajes naturales. Siguiendo a Martinet, Mounin establece la manera en que se llevó a cabo la investigación científica de las unidades mínimas del lenguaje articulado y extrae las nociones de *monema* y *fonema* en cuanto unidades, respectivamente, de la primera y segunda articulación.» El hecho de que con un número reducido de unidades de segunda articulación (a-significativas) pueda codificarse la serie mayor, pero también finita, de elementos de la primera articulación (significativos), «nos da la clave de la riqueza y flexibilidad infinita de las lenguas naturales». Los estructuralismos europeos y norteamericano comparten por lo menos tres principios definitorios: el de funcionalidad o distintividad, el de oposición y el de sistema; Mounin remite al primero cuando indica que esas unidades mínimas se identifican por medio de la *conmutación* (aplicación metodológica de aquél), señala además que dicha técnica no es una invención de laboratorio, sino la recreación del procedimiento mediante el cual el niño que aprende a hablar adquiere la delimitación exacta de las unidades que maneja. No creemos que esta justificación psicológica sea completamente rigurosa, puesto que, subyacentemente, implicaría que el aprendizaje de su lengua por un niño es un puro proceso de imitación; si, como se ha demostrado (5), ese aprender es más bien una secuencia de diferenciación de categorías gramaticales básicas y de abstracción, posterior, de similitudes, entonces la segmentación aparentemente errónea sólo explica el hecho psicológico de que esquemas globales de sonido devengan más diferenciados

(3) E. BUYSSENS: *La communication et l'articulation linguistique* (PUF), 1967.

(4) L. J. PRIETO: *Principes de néologie*, La Haya-Mouton, 1964.

(5) E. LENNEBERG: *Biological foundations of Language*, John Wiley and Sons, Inc. Nueva York, 1967.

D. Mc NEILL: «The creation of Language by children», en *Psycholinguistics Papers*, Ed. por Lyons y Wales, Edimburgo University Press, 1966.

mientras se va completando el inventario fonético del niño y se desarrollan relaciones diferenciadas entre significante y objeto.

2.3 Al referirse a los *prosodemas* (entonación, acentos, tonos), los denomina *hechos lingüísticos marginales*; esta designación parece bastante precisa si se quiere indicar que no son pertinentes exclusivos para una decodificación aunque puedan ser, sí, muy aclaratorios. Quizá se trataría, vale la pena pensarlo, de varios códigos paralelos al puramente gramatical.

Los capítulos siguientes: relación entre lengua y realidad no lingüística, y su paralelo abstracto: entre *código* y *mensaje*, son, sobre todo el segundo, centrales para la comprensión de los objetivos y los medios de la lingüística estructural.

La mención de que cada lengua organiza la realidad en formas lingüísticas (cortes sintácticos y entidades léxicas) diferentes lo lleva a la revisión de la conocida hipótesis de Whorf, quien llegaba a decir que cada lengua comporta una visión del mundo y que esa «Weltanschauung» está, además, predeterminada por la lengua que hablamos. Su crítica a estos conceptos se apoya en el principio de la arbitrariedad del signo y se completa con ejemplos aislados tomados de varias lenguas indoeuropeas. Una vez más las ideas de Whorf y Sapir quedan sin demostrar pero también sin ser sólidamente contraprobadas.

¿Código y mensaje? Se accede al tema a través de la crítica de las descripciones logicistas, aquellas fundadas en el supuesto de que toda lengua es sólo expresión del pensamiento y en la utilización de lo que se creía eran las leyes del pensamiento para la explicación de los hechos lingüísticos. La reacción consiguiente ha sido el *antimentalismo* que empieza en los Estados Unidos con L. Bloomfield como teórico central. A partir de allí se considera que el lenguaje (analizable sólo en términos de estímulos y respuestas) funciona produciendo *enunciados*, y que el lingüista debe considerar a éstos como los objetos en sí de su ciencia. Analizar una *estructura* consistirá, pues, en desmontar sus unidades sin apelar a conceptos a priori, en reconocer *unidades* por su *función* en el enunciado. Vale su insistencia en que hablar de estructuralismo en las ciencias humanas sin aludir simultáneamente al *funcionalismo* debe hacernos pensar que se trate de pura charlatanería.

2.4 Los capítulos últimos se refieren a los tres (o cuatro) niveles componenciales que se implican en la descripción de una lengua: fonología, sintaxis, semántica y estilística. De ellos el más completo es el que corresponde a la fonología, punto de partida y campo de batalla de la lingüística estructural. Mounin clarifica las diferencias entre *fonética*, ciencia quizá exacta que se ocupa de la descripción acústica y articulatoria de los sonidos de una lengua, y *fonología*, propiamente

lingüística, que escoge y clasifica conjuntos de rasgos lingüísticamente pertinentes. A través de ejemplos bastante numerosos (es lástima que la traducción no se haya propuesto presentar sus equivalentes en el castellano) se hacen precisas las nociones de *pertinencia*, *fonema*, *rendimiento funcional*, y la utilización, que luego será tan rentable, de los conceptos de *oposición* e *interdependencia* en la constitución del sistema fonológico.

«La sintaxis se ocupa de la frase» (hubiese sido mejor traducir por oración que es un término más específico en castellano). Es oportuna su indicación de la traba y dificultad que ha supuesto el definir la oración mezclando indiferentemente criterios psicológicos, lógicos y fonéticos. Mounin pasa revista al llamado *análisis distribucional* o de constituyentes inmediatos que estableciera la lingüística norteamericana y ejemplifica cada uno de los esquemas gráficos de análisis: el método de la «caja» de Hockett, las «capas» de Fries, el grafo de dependencias de Tesnière, los «stemma proyectivo» propuestos por Ihm y Lecerf, el «árbol» de Chomsky, todos ellos taxonómicos y por lo tanto intercambiables.

Llama «sintaxis estructural» al modelo generativo-transformacional planteado por N. Chomsky desde 1957. Sus observaciones sobre el mismo se limitan a una consideración rapidísima de las nociones de «oración kernel» (o núcleo) y de regla transformacional, las cuales, por cierto, han sido muy reelaboradas en los trabajos posteriores de Chomsky y no explican tampoco por sí solas la gramática generativa. No es apresurado decir que en este capítulo la ortodoxia de Mounin se convierte en factor de obstinación y de ceguera que no se justifican en un sector que pretende ser científico. El recurso a la ironía en cuanto a la apelación de los transformacionalistas al principio de «intuición del hablante nativo» y a la idea de una reproducción por la gramática de la manera en que el niño aprende a hablar y emite sus oraciones, olvida que, de manera general, el primero puede ser un medio de explicación tan empírico como la consideración de la funcionalidad de una unidad con respecto al enunciado total (base de la sintaxis de Martinet a la que Mounin apologiza), y, en cuanto a lo segundo, sólo cabe recordar que la psicolingüística ha podido utilizar poco de las descripciones estructuralistas y que, por el contrario, de los trabajos en la línea de Chomsky han partido serias formalizaciones relativas a ontogenia del lenguaje. La crítica a Chomsky, insistimos en esto porque puede ser factor de descarte de una teoría lingüística que por ahora es central para el progreso de las investigaciones sobre el lenguaje, no da cuenta de su introducción de conceptos teóricos tan fundamentales como los de «competencia» y «actuación» lingüística, «estructura

profunda» y «estructura superficial», interrelación de componentes de una descripción gramatical, etc., y, sobre todo olvida que se trata de un modelo diferente, lo que no quiere decir antagónico, al de la lingüística estructural.

Una vez más la teoría sintáctica de Martinet será el modelo a escoger: su clasificación de los monemas (a su juicio de extensión universal) y los conceptos de expansión, coordinación y subordinación «permiten resolver numerosos problemas y responder a ellos de manera unívoca, ..., según criterios objetivos».

En las referencias a la semántica, toma de L. Prieto la distinción entre *sentido* (valor en el contexto) y *significación* (significado en sí). Para rever las posibilidades de una semántica estructural alude a los análisis componenciales en rasgos semánticamente pertinentes que iniciaran los antropólogos dedicados al estudio de los sistemas de parentesco; retoma luego a Weinreich: el significado de una palabra es su uso, y las teorías situacionales de los behavioristas: el significado de una palabra es la situación en que el hablante la enuncia y la respuesta que provoca en el oyente. Aunque las teorías alusivas a la relación semántica-sintaxis y a las posibilidades de una semántica generativa sean, tal vez, las que puedan, en este momento, ofrecer perspectivas más claras para un estudio integral del significado, no se hace en Mounin ninguna mención de ellas.

Como puede inferirse de lo señalado, el enfrentamiento con cada problema lo lleva a una clasificación de subtemas del mismo y a exponer las propuestas respecto de ellos hechas por las varias tendencias del estructuralismo. Creemos que esas revisiones son a veces demasiado rápidas y, fundamentalmente, que no se marcan los límites y las cuestiones que ellas dejan sin resolver. No obstante, y aunque no hemos visto el original francés, la marcada claridad en la exposición y su tesitura casi narrativa permiten una lectura y comprensión fáciles que acaso justifiquen el propósito pedagógico-introductorio que Mounin se ha propuesto como meta.—VIOLETA DEMONTE (*Tutor*, 68. MADRID-8).

GUSTAVO SAINZ: *Obsesivos días circulares*. Editorial Joaquín Mortiz, México, 1969.

No ha sido Susan Sontag la primera en señalar que el lenguaje es uno de los materiales más gastados, impuros y contaminados de la creación artística. En realidad, se trata de una observación localizable